decir, de *Ber* también, el calor productor. Los dos son expuestos en la corriente de un río, como Moisés, Rómulo y Remo, y muchos otros. Sus madres tienen otros tres hijos de un rey, (los Niflungen) salvados todos por un herrero ó por un conductor de carroza real. Educados en estado humilde, sufren grandes pruebas; aman y se ven rechazados á causa de su humilde origen. *Brunhilt* y *Draupadi* prefieren al hermano vencido. En fin los héroes mueren traidoramente por la perfidia de *Hagen* y de *Krisna* que saben cómo pueden hacerles perder sus talismanes. Hay identidad de palabras, como de aventuras, á los ojos del filólogo, en los dos poemas: *gunt* y *yudh*, la guerra, *Iudhistira* y *Gunther*, *Ardshuma* y *Hagen*.

La misma comparación puede hacerse entre el caballero del cisne, (*Surya*, el cisne, el sol) y el héroe Bhisma.

Por último, después del incendio del mundo, según el Edda, de resultas de la victoria de los gigantes sobre los Ases (*Ar-es*, *Er-es*) la *Vala* ó profetisa, *Bar-a*, *Ber-a*, la inspiración, (como en *Carmentes*, *Ha-er*,) ve la tierra verde salir otra vez del seno de las aguas; las cascadas se precipitan; el águila se cierne sobre el pez desde lo alto de la roca; los Ases se reunen de nuevo, hablan de los runas antiguos, del polvo poderoso del pasado. La tierra, libre de todo mal, produce mieses no sembradas, un palacio se levanta más bello que el sol, donde vivirán en una dicha perpétua virtuosas generaciones; Balder renace.

Siendo Balder el sol, no podía morir de hecho; su muerte, no fué más que alegoría de la noche, al principio, y después, del invierno, como por todas partes. El incendio á que se refiere la *Vala*, era el tinte rojizo del crepúsculo que parece el reflejo de una imensa hoguera.

Es preciso ver en la mitología germánica un conjunto mezclado de diferentes tradiciones, heredadas todas, sin embargo, del origen común, pero habiendo hecho su evolución en pueblos separados. Es cierto que esta misma observación puede hacerse en casi todas las mitologías. Esto explica los diferentes nombres de los dioses y la repetición de unos mismos cuentos en distintos mitos, así como la existencia de ideas primordiales y salvajes al lado de otras que suponen una larga y reflexiva evolución. El mito de Balder, por ejemplo, es muy posterior, y ha sido adquirido por los germanos, todo hecho y sin entenderlo ya, conservando, á pesar de él, la otra interpretación infantil de los lobos persiguiendo á los dos niños, el sol y la luna, para devorarlos, idéntica á la que todavía se observa en muchos pueblos salvajes de los dos continentes. Las relaciones ó la fusión con otra tribu cualquiera, que hubiese hecho su evolución en otro medio, decidían la adopción de nuevos mitos, conservando siempre los suyos propios. Es esta, otra causa de las diferencias y de las semejanzas. El error ó confusión de los términos vulgares con los divinos es otra de las cosas que nunca se tendrán bastante en cuenta para la buena interpretación. ¡Cuántos mitos incomprensibles deben su origen á alguno de estos equívocos!

Sirva de ejemplo este de las manzanas que, hasta ahora, jamás había podido tener explicación:

«Todos los dioses viven y son jóvenes, gracias á las manzanas de *Iduna;* el día que falten, ellos y el mundo perecerán.»

Nuestros lectores descifrarán el mito con sólo tener presente que manzana, en lenguas germánicas, es *apfel (ab-ber, ap-pel, ap-fel)*, término vulgar que lleva las onomatopeyas divinas; lo que fué causa de que se

atribuyese, por tradición, á la manzana, una virtud poderosa, de vida, de creación y de fecundidad, que la ha hecho tomar parte en casi todas las mitologías. Este solo nombre de la manzana, *apfel*, y la importancia que se le atribuyó por él, bastarían para comprobar nuestra teoría. El mito, como se habrá visto, es de fácil solución, después de saber esto. Es claro que los dioses y el mundo perecerían el día que faltase *apfel*, el espíritu de vida universal, el calor creador.

Después de mucho tiempo, el nombre *apfel* no representó en la imaginación de los pueblos más que la idea de *manzana*, á la que se atribuyó, en especial, una virtud encantada y maravillosa por tradicional costumbre. Es bien raro, sin embargo, que coincidan con el nombre español de manzana, la operación del pramantha, *manthana*, y con el alemán de *apfel*, las onomatopeyas creadoras. ¿No sería, por su jugo, la sidra, una de las primeras bebidas que se habrán acostumbrado los hombres á beber, y así como en el Arya llamaban á su brevaje predilecto Soma y Homa, del nombre de su dios, en otras corrientes lingüísticas llamarían también á la manzana con dos nombres divinos? De todos modos, el papel que hacen en las mitologías procede de aquella confusión.

Compréndese ahora la importancia de los vocabularios para penetrar en el laberinto mítico. Las leyes fonéticas son bastante precisas para marcar los tránsitos de unas lenguas á otras; pero es tal la variedad de pronunciación en los idiomas lejanos, que apenas se puede sujetar á reglas fijas la fonética, aunque la regla general debe ser siempre tal como hemos tenido el cuidado de seguirla: el cambio, dentro de cada grupo orgánico: labial por labial, gutural por gutural, etc. Las excepciones no deben despreciarse, si hay indicios de otra clase.

Si se quieren más pruebas de la existencia constante de las onomatopeyas en los nombres divinos, siempre con el significado de espíritus de vida ó creación, véanse los nombres de los Silfos, espíritus buenos antes del cristianismo, en estos idiomas: *elfos* en Alemania, *alfre* en Escandinavia, *elvar* en Suecia, *elve* en Dinamarca, y *cheffro*, forma idéntica del *chefren* egipcio, en el gaélico irlandés. En Escandinavia, los reyes se creían descendientes de *Odin*, como en el Perú. El valor heróico tenía un nombre en las sagas: *Bersekir*. El templo, en germano, es *Haruc*.

Todos esos nombres, contraidos en *fre*, de la mitología germánica, conservan una significación de grandeza ó de nutrición en los términos vulgares de la misma familia de lenguas: así en zenda, *freten*, grandeza, *fretaum*, nutritivo, y en islandés *freya*, alimento, fuerza nutritiva.

Tir, es, entre los persas todavía, el nombre del angel custodio de los rebaños y del mes de Junio, y en danés y en sueco, el nombre del Toro es *Tyr*, el mismo dios de la fuerza y de la guerra que adoraban los cimbros bajo el emblema de un Toro de cobre.